

EDITADO POR "EDICIONES LA CUEVA"

Edgar Allan Poe

Cuatro Bestias en Una: El Hombre Cameleopardo (Four Beast In One: The Homo-Cameleopard)

Chacun a ses vertus. (*)
"Xerxes" (Crebillón)

Antíoco Epífanos es generalmente visto como el Gog del profeta Ezequiel. Este honor es, empero, más propiamente atribuido a Cambises, el hijo de Ciro. Y ciertamente el carácter del monarca sirio no necesita ningún otro ornamento. Su acceso al trono, o mejor dicho, su usurpación de la soberanía, unos ciento setenta años antes de Cristo; su intento de saquear el templo de Diana en Efeso; su implacable hostilidad hacia los Judíos; su profanación al Santo de los Santos; y su miserable muerte en Tebas, luego de un tumultuoso reinado de once años, son circunstancias bastante relevantes, y generalmente han sido mucho más reportadas por los historiadores de esta época, que su impía, vil, cruel, tonta y antojadiza conjunción de hechos que hicieron el sumatoria de su vida privada y reputación.

Vamos a suponer, amado lector, que estamos ahora en el año tres mil ochocientos treinta, y vamos, por unos minutos, a imaginarnos a nosotros mismos dentro de una de las más grotescas habitaciones humanas, la remarcable ciudad de Antioquía. Se asegura que en Siria y otras naciones, hubo dieciséis ciudades con el mismo nombre, aparte de la que estoy aludiendo particularmente. Pero la nuestra es aquella denominada Antioquía Epidafne, por su vecindad con el pequeño pueblo de Dafne, donde tenemos un templo dedicada a tal divinidad. Fue construido por (hay, sin embargo, alguna disputa sobre esta materia) Seleuco Nicanor, el primer rey del país después de la muerte de Alejandro Magno, en memoria de Antíoco, su padre, y se convirtió inmediatamente en residencia de la monarquía siria. En los tiempos florecientes del Imperio Romano, fue una usual estación del prefecto de las provincias de Medio Oriente; y muchos de los emperadores pasaron aquí gran parte de sus tiempos. Pero percibo que hemos llegado a la ciudad misma. Pero, ascendamos por su almenaje, y lancemos nuestra vista sobre el pueblo y los vecinos.

¿Qué río ancho y rápido es que fuerza su camino, con innumerables saltos, a través de las salvajes montañas, y finalmente a través de las salvajes construcciones?

Es el Orontes, y es la única traza de agua a la vista, con la excepción del Mediterráneo, que se expande, como un ancho espejo, a través de doce millas hacia el sur. Todos han visto el Mediterráneo, pero déjenme decirles, hay algunos que han dado miradas furtivas sobre Antioquía. Estos, unos pocos, como usted y yo, han tenido, al mismo tiempo, las ventajas de una moderna educación. Por consiguiente desisten de reconocer el mar, y prestan completa atención a la masa de casas que permanecen bajo nuestro. Ustedes recordarán que es el año del mundo tres mil ochocientos treinta. Donde más tarde, por ejemplo, en el año de nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y

cinco, no tendríamos tal extraordinario espectáculo. En el Siglo Diecinueve Antioquía está -o mejor tendríamos que decir, estará- e un lamentable estado de decaimiento. Ha estado, para esta época, totalmente destruída, en de tres diferentes períodos, por tres terremotos sucesivos. Por consiguiente, al decir verdad, lo poco que pudo haber quedado, será encontrado en un estado tan desolado y ruinoso que el patriarca debería mudar su residencia a Damasco. Esto está bien. Veo que aprovecha mi consejo, y dedica la mayoría de su tiempo a reconocer los lugares para

... Satisfacer vuestros ojos
Con las memorias y las cosas famosas
Que más honran a esta ciudad.

Le pido perdón; había olvidado que Shakespeare no florecería hasta dentro de diecisiete siglos y medio. Pero ¿la apariencia de Epidaphne no me justifica en llamarla grotesca?

"Está bien fortificada; y a este respecto, está tan en deuda con la naturaleza como con el arte."

Muy cierto.

"Hay un gran número de palacios estatales."

Los hay.

"Y los numerosos templos, suntuosos y magníficos, pueden ser tranquilamente comparados con los más laudados de la antigüedad."

Todo esto tengo que admitirlo. Aún tenemos una infinidad de chozas de barro, y caramancheles abominables. No podemos sino percibir abundancia de suciedad en cada esquina, y, no sería por el poderoso humo de idólatras inciensos, no tendría duda que encontraríamos una intolerable pestilencia. ¿Alguna vez vio calles tan insufriblemente estrechas, o casas tan milagrosamente altas? ¡Qué lóbrega se ven sus sombras proyectadas sobre el piso! Es que si no fuera que las lámparas pendientes de las interminables columnatas son mantenidas encendidas aún de día, tendríamos sin duda la oscuridad del Egipto en el tiempo de la desolación.

"¡Ciertamente es un lugar extraño! ¿Cuál es el significado particular de todas estas singulares construcciones? ¡Mire! Son torres encima de otras, y todas apuntan hacia lo que yo tomo por el Palacio Real."

Este es el nuevo Templo del Sol, que es adorado en Siria bajo el título de Elah Gabalah. Más adelante, un notorio Emperador Romano instituiría su culto en Roma, y consecuentemente tomó del mismo su apodo: Heliogábalo. Me atrevo a decirle que eche un vistazo a la divinidad dentro del templo. No necesitará mirar hacia arriba, al cielo; su arca no está arriba, al menos no el arca adorada por los sirios. Esta deidad es encontrada en el interior de aquella construcción. Es adorada bajo la figura de un gran pilar que está en la punta de un cono o pirámide, donde se connota el fuego.

"¡Escucha! ¿Quién puede de aquellos ridículos seres, estar, medio desnudo, con su rostro pintado, gritando y gesticulando al gentío?"

Algunos son charlatanes de feria. Otros pertenecen a la raza de los filósofos. La mayoría, empero, aquellos especialmente que machacan al populacho con palos, son

los principales cortesanos del palacio, ejecutando como tarea pesada, alguna laudable vis cómica del rey.

"¿Pero, qué tenemos aquí? ¡Cielos! ¡El pueblo es abarrotado junto a bestias salvajes! ¡Qué terrible espectáculo, de peligrosa extravagancia!"

Terrible, con su permiso; pero no tanto como para ser peligroso. Cada animal si usted se toma la molestia de observar, está siguiendo, muy tranquilamente, a su amo. Algunos pocos son guiados con sogas alrededor del cuello, pero estos son mayormente los menos o solamente especies tímidas. El león, el tigre, y el leopardo están enteramente sin ningún freno. Todos han sido entrenado sin dificultad para la presente profesión, y siguen a sus respectivos dueños como si fueran una especie de valets-de-chambre. Es verdad, hay ocasiones en las que la Naturaleza se asegura sus dominios violados! pero por entonces si un hombre era devorado o si un toro consagrado era sacrificado, eran circunstancias de muy poca monta para ser menos que inferiores en Epimanes.

"¿Pero, qué extraordinario tumulto escucho? Seguramente este es un ruido alto para la ciudad. Debe ser el principio de alguna conmoción de inusual interés."

Si, indudablemente. El rey ha ordenado algún espectáculo novel, algunas exhibiciones de gladiadores en el hipódromo, o quizás la masacre de los prisioneros escitas, o la incendio de su nuevo palacio, o la demolición de algún enorme templo, o tal vez la muerte en la hoguera de algunos judíos. Los gritos se acrecientan. Los alaridos de risas ascienden a los cielos. El aire se vuelve disonante con instrumentos de viento, y horrible con el clamor de un millón de gargantas. Dejémoslo descender, por amor a la diversión, y veamos que pasa. ¡Pero cuidado! Aquí estamos en la calle principal, la calle de Timarco. Un mar de gente viene por esta vía, y encontraremos una gran dificultad en detener la ola. Ellos vienen desbordando el callejón desde la calle Heracles, que desemboca directamente en el palacio. Por consiguiente, debe ser probable que el Rey esté entre los alborotadores. Si, escucho los gritos del líder proclamando su advenimiento en la pomposa fraseología del Este. Debemos echar un vistazo a esta persona cuando pase por el templo de Ashimah. Podemos salvaguardarnos en el vestíbulo del santuario; él estará aquí enseguida. En mientras podemos examinar esta imagen. ¿Qué es? ¡Oh! Es el dios Ashimah en persona. Tú lo percibes, sin embargo, que no es un cordero, ni una cabra ni un sátiro ni tampoco el dios Pan de los Arcadianos. Aún todas estas apariencias han sido dadas, pido perdón, serán dadas, por los entendidos de futuras épocas, al dios Ashimah de los sirios. Ponlo en tus lentes, y dime que es. ¿Qué es?

"¡Dios bendito! ¡Es como un mono!"

Cierto, como un babuino; pero de ninguna manera es menos que una deidad. Su nombre es una derivación del griego Simia, (¡que grandes tontos son los arqueólogos!) ¡Pero mira! ¡Mira! Aquel pilluelo harapiento que corre a toda prisa. ¿A dónde va? ¿Por qué está llorando? ¿Qué es lo que dice? ¡Oh! ¡Dice que el rey está viniendo triunfante; que está vestido de protocolo; que acaba de dar muerte, con sus propias manos, a un centenar de israelitas encadenados! A raíz de esta hazaña, el mendigo está loándolo hasta los cielos. ¡Escucha! Aquí viene una tropa. Han hecho un himno latino sobre el valor del rey, y lo están cantando a medida que marchan.

Mille, mille, mille,
Mille, mille, mille,
Decollavimus, unus homo!
Mille, mille, mille, mille, decollavimus!
Mille, mille, mille,

Vivat qui mille mille occidit!
Tantum vini habet nemo
Quantum sanguinis effudit! (*)

Lo que puede ser interpretado como:

¡Ciento, ciento, ciento,
Ciento, ciento, ciento,
Nosotros, con un guerrero, hemos matado!
¡Ciento, ciento, ciento, ciento, cantamos ciento de nuevo!
¡Viva! Cantemos
Larga vida a nuestro rey,
Quien golpea a un centenar tan valiente
¡Viva! Bramemos,
Él nos ha dado más
Galones de sangre
Que todas las jarras de vino de Siria!

"¿Puedes escuchar el sonido de las trompetas?"

Si: ¡el rey está llegando! ¡Mira! La gente está pasmada de admiración, y abren sus ojos al cielo en reverencia. ¡Él viene, está viniendo, aquí está!

"¿Quién? ¿Dónde? ¿El rey? No puedo verlo, no puedo decir que lo esté percibiendo." Entonces tú debes estar ciego.

"Es muy posible. No veo nada más que un tumultuoso tropel de idiotas y locos, que se postran ante un gigantesco cameleopardo, y se esfuerzan para darle un beso en las patas del animal. ¡Mira! La bestia acaba de patear a uno de los de la chusma, luego a otro y a otro. Ciertamente no puedo dejar de admirar al animal por la excelente utilización que hace de sus patas."

¡Gentuzá! ¡Por qué estos son los ciudadanos nobles y libres de Epidaphne! ¿A qué bestias te refieres? Te cuidado que no seas oído por casualidad. ¿No percibes que el animal tiene el rostro de un hombre? ¡Por qué, mi querido señor, este cameleopardo no es otro que Antíoco Epifanes, Antíoco el Ilustre, Rey de Siria, el más potente de todos los autócratas del Oriente! Es verdad, que también es nombrado, a veces, como Antíoco Epimanes, Antíoco el loco, pero es a causa de que toda la gente no tiene la capacidad de apreciar sus méritos. Es también cierto que en este momento está camuflado bajo la piel de una bestia, y está haciendo su mejor intento por interpretar el rol de un cameleopardo; pero esto lo hace para el mejor mantenimiento de su dignidad real. Además, el monarca posee una gigantesca estatura, y sus vestiduras, por consiguiente, no son nunca indecorosas ni tampoco muy grandes. Nosotros podemos, sin embargo, presumir que podría haberlas adoptado por alguna ocasión especial. Tal, si me permites, la masacre del centenar de judíos. ¡Con que dignidad superior, el monarca deambula en cuatro patas! Su cola es sujetada, como tu puedes percibir, por sus dos concubinas principales, Elina y Argelais; y su presencia sería mucho más agradable si no fuera por las protuberancias de sus ojos, que parecen ciertamente arrancar fuera de su cabeza, y el excéntrico color de su rostro es indescriptible a causa de la gran cantidad de vino que ha ingerido. Sigámosle al hipódromo, adónde se está encaminando, y escuchemos el cántico triunfal que acaba de comenzar:

¿Quién es el Rey sino Epifanes?
Dilo si lo sabes
¿Quién es el Rey sino Epifanes?
¡Bravo! ¡bravo!
No hay nadie como Epifanes,
No, no hay nadie como él.
¡Así que destruye el templo,
Y póstrate al sol!

¡Una buena y vigorosa canción! El populacho lo vitorea como el 'Príncipe de los Poetas', también como 'Gloria del Oriente', 'Placer del Universo' y como 'Más Admirable de los Cameleopardos'. Ellos han entonado su efusión, ¿los escuchas? Ahora lo cantan de nuevo. Cuando arriba al hipódromo, será coronado con la corona de los poetas, anticipadamente por su victoria en las próximas Olimpíadas.

"¡Pero, buen Jupiter! ¿Qué sucede con la multitud a nuestras espaldas?"

¿Qué dices? ¡Oh, ah! Ya veo, mi amigo. Es bueno que hables a tiempo. Vayamos a un lugar seguro lo más rápido posible. ¡Aquí! Ocultémonos bajo el arco de este acueducto, y te diré en un momento acerca del origen de esta conmoción. Se volvió como lo había anticipado. La singular apariencia del cameleopardo y la cabeza de un hombre, hubieron, en apariencia, realizado alguna ofensa a las nociones de diversión decente, en general, por los animales salvajes domesticados en la ciudad. Como resultado se ha desatado un motín, y, como es usual en estos casos, todos los esfuerzos humanos son inútiles para mitigar a la turba. Varios de los sirios han sido devorados; pero la voz general de los patriotas cuadrúmanos parece ser la de comer al cameleopardo. 'El Príncipe de los Poetas', por consiguiente, debe correr por su vida. Sus cortesanos le han dejado solo, y sus concubinas han seguido tal excelente ejemplo. 'El Placer del Universo' ¡qué arte para tal triste prédica! 'Gloria del Oriente' ¡qué arte para qué peligro de masticación! En consecuencia nunca miró tan lastimosamente su cola; iba a ser arrastrado indudablemente hacia el fango, y no había nadie que le ayude. No mires detrás tuyo a esta inevitable degradación; pero ten coraje, emplea tus piernas con vigor, ¡y vete del hipódromo! Recuerda a este Antíoco Epífanés. Antíoco el Ilustre, también 'Príncipe de los Poetas', 'Gloria del Oriente', 'Placer del Universo', y el 'Más Admirable de los Cameleopardos'. ¡Cielos! Qué rapidez estás desplegando! ¡Qué capacidad de huida que demuestras! ¡Corre, Príncipe! ¡Bravo, Epífanés! Bien hecho, Cameleopardo. ¡Glorioso Antíoco! ¡Corre! ¡Brinca! ¡Vuela! ¡Cómo una flecha lanzada de una catapulta, él escapa del hipódromo! ¡Cabriola! ¡Grita! ¡Está ahí! Esto es bueno; por que has sido 'Gloria del Oriente', y has sido el segundo en alcanzar las puertas del Anfiteatro, ya que no hay cachorro de oso en Epidaphne que no hubiese roído tu osamenta. Salgamos, ¡marchémonos!, ya que no podremos con nuestros oídos modernos siquiera soportar el vasto estruendo que está por comenzar para celebrar el escape del rey. ¡Escucha! Ya ha comenzado. ¡Mira! Toda la ciudad está revuelta. "¡Seguro, esta es la ciudad más populosa del este! ¡Qué cantidad de gente! ¡Qué conglomeración de personas de todas las edades! ¡Qué multiplicidad de sectas y naciones! ¡Qué variedad de vestimentas! ¡Qué Babel de lenguajes! ¡Qué rugidos de bestias! ¡Qué tintineo de instrumentos! ¡Qué parcela de filósofos!"

Vamos, debemos irnos.

"¡Espera un momento! Veo una vasta barahúnda en el hipódromo; ¿cuál es el significado de esto?, te suplico me digas."

¿Eso? ¡Oh, no es nada! Los nobles y los ciudadanos libres de Epidafne estando, como ellos declararon, satisfechos con la fe, valor, sabiduría y divinidad de su rey, y teniendo ocasión de presenciar, además, su reciente agilidad sobrehumana, piensan que deben ceñirle la frente (en añadidura a su corona poética) con el lauro de la victoria en la carrera pedestre, un lauro que es evidente que él deberá obtener durante las próximos Juegos Olímpicos, y que, por consiguiente, está consiguiendo anticipadamente.